Prólogo

El Cónsul Marcio Tulio Caius saludó con un gesto al lanista Aurelio Justus y comenzó a luchar con uno de los principales gladiadores del lugar. El luchador, estaba advertido que no debía dañar a la importante visita, aunque este había insistido en que sería un duelo a muerte.

La oscura cabellera del cónsul brilló bajo la luz del sol mientras sus feroces ojos azules lucían depredadores como los de un tigre acechando a su presa. La batalla comenzó, y en pocos minutos, el vencido gladiador cayó al suelo.

-Te dejaré vivir, hoy estoy magnánimo-comentó recordando la noche de placer y lujuria que había tenido. Y tú-señaló al ludista que se deshacía en aplausos-no me prejuzgues. Soy un gran combatiente, así que no vuelvas a decir a tus esclavos que me traten con mano de seda. No creas que no lo percibí, estás informado si deseas que regrese.

-Lo siento, señor, quería cuidarte, ¿Qué haría nuestra ciudad sin ti?-señaló el servil hombre, refiriéndose a Útica la capital de la [provincia romana](https://es.wikipedia.org/wiki/Provincia_romana) de África Proconsular que gobernaba el hombre.

-SI puede llamarse ciudad a este sitio-masculló Marcio pensando como el Emperador Augusto lo había dejado enclavado en ese tugurio después de haberle brindado tantos triunfos. Por suerte, el Cónsul Plinio murió, y ya no tengo a nadie más que me controle. Seguramente, nadie querrá venir por aquí. Algo bueno hay en todo esto.

-Gran noticia, Señor, supimos que te habían ascendido.

-Así es. Soy el amo absoluto de esta provincia y la haremos mejorar mucho. Puedes estar seguro.

-Por supuesto, Marcio. Pasa Señor, tomemos un vaso de vino antes de que te marches para festejar tu nombramiento. Está lo suficientemente fresco para saciar perfectamente tu sed.

-Solo tomaré un trago, estoy apurado. Debo reunirme con mi madre antes de que caiga el sol

-Será solo un momento, y podremos conversar .Quisiera comprar más esclavos para mis juegos, sabes necesito figuras nuevas. Algunos ya están viejos, o agotados sugirió con cautela. Pensé que podrías apoyarme.

-No tengo nada que ver con eso, solo me ocupo de organizar y dirigir este lugar Y en pocos días debo partir para controlar algunas zonas rurales, que no están entregando los tributos adecuadamente, aun teniendo los recursos necesarios para hacerlo.

-Quizá entro esos traidores podría haber algo para mí. Tendrías una importante comisión, sabes que soy un hombre rico-sugirió el hombre sagazmente.

-Pues sería bueno que gastaras tu dinero en beneficio de tu emperador, sabes que es muy exigente respecto a los impuestos. No quiero volver a escucharte o tendrá que sancionarte por intentar corromper a un funcionario romano. Tal vez, querrías saborear tú mismo la arena de los juegos.

-Perdona, Señor. Mi interés era solamente ayudarte -susurró el hombre secándose las gotas de sudor que comenzaban a humedecer su rostro.

-Cuídate-sonrió Marcio ferozmente. Nos vemos.

-Adiós, Señor, espero tu pronto regreso-agregó el hombre bajando la cabeza humildemente.

Marcio asintió una vez más y salió seguido por sus hombres. Era hora de marchar a su casa y enfrentar a su madre, la bella Apolonia, quien había quedado viuda hacía unos años.

-Creo que está llegado el momento de casarla nuevamente, un buen esposo la alejaría de mi vida y no tendría que soportar sus cansadores sermones. Y luego solo faltaría deshacerme de mi hermano Darío otro bueno para nada -comentó el hombre acomodándose sobre su elegante caballo. ¡Vamos!-exclamó espoleando al animal que tras emitir un fuerte relincho comenzó a correr pro los tortuosos caminos.

-Este Aurelio es verdaderamente asqueroso. No tiene límites cuándo se trata de obtener alguna moneda, pese a la excelente posición económica que disfruta-comentó Marcio a uno de sus hombres.

-Así son la mayoría de los lanistas. Nunca están conformes con su suerte -respondió este sacándole una sonrisa al Cónsul.

Horas después, los hombres llegaron a la casa de Marcio, deteniéndose en los amplios establos que este había hecho construir especialmente para sus caballos, y que lo hacían distinguir en toda la región.

-Señor-se acercó corriendo una esclava del hogar apenas verlo desmontar del alazán. Su madre desde hace rato pregunta por usted. Necesita verlo con urgencia.

-Dile que espere, estoy ocupado. Debo organizar mi expedición para los próximas días, en cuanto termine iré-acotó molesto.

-Como ordene, amo-asintió humildemente la mujer, sabiendo que contrariarlo podía costarle la vida.

El calor comenzaba apretar con fuerza cuando el cónsul culminó de dar las últimas indicaciones para su marcha.

-Esta vez, no regresaré hasta cobrar todos los tributos de las principales ciudades y pueblos cercanos, estoy cansado de excusas –rugió intentando contener la cólera que lo invadía cuando recordaba las estúpidas justificaciones que le daban muchos lugareños. Tendrán que pagar, hay varios latifundios muy interesantes cerca de esta ciudad...Incluso venderé a sus familias si es necesario.-afirmó dirigiéndose inmediatamente en busca de Apolonia.

-Marcio-exclamó su madre cruzándose en su camino. Hace rato que te espero.

-Lo sé, y te informé que estaba atareado, ¿acaso no te lo dijeron?

-Sí, pero es urgente.

-Siempre es urgente para ti. Ahora ya estoy aquí, habla de una vez Sabes que tengo que partir mañana mismo para cobrar los impuestos de nuestro emperador.

- Quizá sea bueno que envié alguien de confianza, y nos honres más tiempo con tu presencia.

- Por favor, madre. Sé cómo debo realiza mi tarea.

-Perdona, querido. Es que te necesitamos en casa.

-¿A caso no está mi hermano Darío?

-Sabes que es un poco delicado, su salud no resiste temperaturas extremas.

-Las soportaría si dejara de beber tanto-suspiró el hombre conteniendo su enojo.

-Por favor, hijo. No me gusta que hables así de tu único hermano-rogó Apolonia fingiendo consternación.

-De acuerdo, pero estoy seguro que hay algo más que quieres decirme-asintió Marcio comenzando a perder la paciencia.

-Hijo, supe que ayer llevaste a tu habitación a la nueva esclava, y posteriormente al joven músico que compré hace dos días .No puede seguir así, toda la ciudad está al tanto de tus aberraciones.

-Debí haber matado a esos jóvenes y tirado sus cuerpos a los chanchos. Soy la autoridad de aquí y hago lo que quiero. Y eso va para ti también, madre. ¿Algo más?

-Pensé que sería bueno que te casaras con alguien de tu linaje .Podrías seguir con tus inclinaciones en secreto-sugirió la mujer casi en un susurro.

-Ahora que mencionas la palabra casamiento, me hiciste pensar. Hay varios ciudadanos ilustres que me han pedido tu mano. Creo que en cuanto regrese de mi viaje analizaré sus solicitudes. Incluso, el importante terrateniente Polonio Sixto me ha dicho que te pretende. Aprovecharé el viaje para hablar con él.

-¿Y qué haré yo en el campo? Moriré de angustia.

-Eso es cosa tuya. Por lo menos, no tendré que aguantar tus inútiles consejos. Y también acepta que lleves a tu querido Darío. Así que en vez de molestarme seria buenos que vayas preparando tu traje para la boda. Pronto volveremos a hablar del tema Con permiso –se retiró el hombre. Debo descansar.

-¡No lo lograrás, jamás me sacarás de esta casa!-musitó la mujer furiosa contemplando con odio a su hijo.

-Eso lo veremos -respondió Marcio sin detenerse.

-Maldito, pagarás por tu desprecio. Hablaré con Darío, él me ayudará a evitar esta maldita boda. Aunque sea necesario asesinarte -rugió la mujer saliendo inmediatamente en busca de su hijo más joven.